

marnos por esto. Ellos sabrían entonces que no iban á correr peligro alguno.

Repetíanse las descargas y algunos tiros sueltos, mientras la marquesa y su madre alternaban sus exclamaciones de terror con palabras de consuelo que trataban mutuamente de prodigarse.

Asustada Isabel, prorumpió en acerbo llanto que las caricias maternas no sin mucho trabajo lograron acallar; pero la pobre niña, trémula como la hoja del árbol, y descolorida como el jazmin, permanecía abrazada al cuello de su madre, sin atreverse á abrir los ojos, agitándose en convulsivos estremecimientos á cada tiro que resonaba.

La conducta de Enrique formaba en aquel momento contraste con la de su hermanita.

—¿No lo decía yo?—esclamaba con aire de triunfo.—¡Revolucion! ¡Revolucion! Si yo fuese grande como papá...

Y el travieso niño se frotaba las manos y saltaba de alegría.

La azarosa situación de nuestros personajes, se prolongó algunas horas con incidentes mas ó menos aflictivos, en los cuales vino á tomar parte un respetable negro, mayordomo del marqués de Bellaflor, que aunque solo contaba unos cincuenta años de edad, tenía la cabeza toda blanca como la nieve, y esta argentina blancura ofrecía un contraste hermoso con su rostro luciente y negro como el azabache.

Este africano era un querido y antiguo amigo de la marquesa.

Tanto esta como su esposo le debían la vida que en distintas ocasiones les habia salvado, arrojando grandes peligros..... era, en fin, el simpático Tomás, á quien nuestros lectores conocen como inseparable compañero de la virtuosa María.

—Señorita—decía el negro á su ama con tenaz insistencia—

yo no le hago á usted falta alguna.... tiene usted á su mamá.... y luego, aquí nada hay que temer. Es preciso averiguar dónde está mi amo..... no sé por qué se empeña usted en no permitirme salir de casa.

—No es prudente, buen Tomás—respondió con dulzura la marquesa.—Ya ves si yo desearé tanto y mas que tú tener noticias de mi esposo y de mi padre; pero ¿á dónde ir á buscarlas?

—¿A dónde? A la plaza de la Constitucion, que es de donde sale el fuego contra la tropa.

En este momento oyeron llamar precipitadamente á la puerta.

Asomáronse al balcon María y el negro Tomás: solo vieron un embozado.

—¿Quién es?—preguntó el negro.

—Abrid—respondió imperiosamente el que llamaba.

Aquella voz fué obedecida al momento: era de un individuo de la familia.

Pocos minutos despues se presentó en la sala un gallardo caballero de unos veinticinco años de edad. Quitóse el embozo y dejó ver debajo de la capa dos pistolas sujetas al cinturon de un sable.

—¡Hijo mio!—gritó Luisa lanzándose al cuello del recién llegado.

Era Manuel Godinez, hermano de la marquesa de Bellaflor.

—¿Y mi padre? ¿y mi hermano?.....—preguntó con azoramiento.

—Nada sabemos de ellos—respondieron Luisa y la marquesa á la vez.

—¡Nada... cuando todo está perdido!

—¡Perdido!—gritaron todos con terror.

—¿Cómo lo sabes, hijo mio?—preguntó con ansiedad Lui-

sa.—¿No me digiste que tenias precision de velar en la imprenta como sueles hacer muy á menudo?

—Así lo dije; pero no era la imprenta mi puesto.

—¿Tambien eres de los sublevados?—preguntó la marquesa.

—Siempre que se trata de reconquistar la libertad del pueblo y escarmentar á sus opresores, soy el primero en arrojarme á la lucha.

—¿Y Luis?—preguntó con ansiedad la marquesa.

—¿Y tu padre?—añadió no menos angustiada Luisa.

—No lo sé... pero supuesto que aun no han vuelto, voy en su busca...

—Y yo le acompañaré á usted, señorito—dijo el negro Tomás.

—Gracias, Tomás; pero desarmado, para nada me servirías.

—Cédame usted una de sus pistolas, ó el sable.

—¿Pero no dices que se ha frustrado todo?—preguntó la marquesa.

—Sí, María—respondió Manuel.—Nos han faltado algunos... otros se han precipitado.... qué sé yo en que ha consistido.... Lo cierto es que han triunfado los satélites de Narvaez, y este hombre cruel podrá ahora vengarse á su placer.

—¿Y mi padre? ¿y Luis?—gritó María con el acento de la desesperacion.

—Voy en su busca—dijo resuelto Manuel.

—Sí, corre, vuela—añadió Luisa con cierto entusiasmo impropio de su sexo y de su avanzada edad.

—¿Pero les hallarás?—esclamó María.

—Es difícil, hermana; mas no debo permanecer aquí mientras ellos están aun en la lucha.

—¿Y á dónde te dirigirás, hijo mio?—preguntó Luisa con ansiedad.

—No lo sé, madre..... iré en busca de mi padre..... ó de la muerte—respondió desesperado Manuel.

—¿De la muerte!—gritaron Luisa y María.

Y Manuel desapareció como un frenético, seguido del negro Tomás.

Los que han leído las anteriores épocas de *María*, saben que esta tenia aun otro hermano que se llamaba Joaquin y estudiaba para abogado; pero habiéndose desarrollado en él una extraordinaria afición á la pintura, abrazó la profesion de pintor, y se hallaba pensionado en Roma por el marqués.

Antes de regresar nosotros á casa del banquero para ver en qué paró el inminente peligro del padre y del esposo de María, permítasenos hacer algunas reflexiones sobre la inmoralidad palaciega, causa principal de todas las desventuras del pueblo español.

